

Paulson va a China y no a la UE

EUGENIO BREGOLAT*

LA VANGUARDIA – DINERO – 14.12.08

Por última vez, el secretario del Tesoro americano, Henry Paulson, ha ido a Pekín para participar en un diálogo estratégico entre EE. UU y China, justo cuando esta última se ha negado a acudir a una cumbre con la UE.

Anteriormente, el principal objetivo de Paulson era abrir el mercado chino a las empresas financieras norteamericanas. Según decía, ese objetivo era tanto o más importante que la revaluación del yuan. China había rechazado el establecimiento en su territorio de empresas de servicios financieros de plena propiedad americana y había limitado la participación de los bancos extranjeros en el capital de los chinos al 20%. Junto a esta participación en el capital de sus bancos, China aceptó otras cosas menores: joint-ventures en empresas de servicios financieros, ciertos inversores institucionales fueron autorizados a tomar posiciones en los mercados financieros chinos hasta 30.000 millones de dólares, emisión de tarjetas de crédito, etc.

Difunta hoy la banca de inversión, de la que el propio Paulson procede, y desacreditados los grandes nombres de Wall Street, de los que los chinos esperaban aprender los secretos de la gestión de riesgos (!), es obvio que las posiciones negociadoras de ambas partes se han visto profundamente alteradas.

Más que recibir la habitual catequesis americana sobre las virtudes del mercado, en esta ocasión tal vez sean los chinos los que hayan confortado a sus interlocutores diciéndoles algo así: no duden de que la

economía de mercado es el mejor sistema, hablamos por experiencia. Hoy día cerca de un tercio de la economía china, incluida la banca, sigue siendo de propiedad pública; tal vez la economía norteamericana y las europeas se encuentren pronto en situación no muy diferente.

Paulson ha pedido a China, sobre todo, que no deje caer el yuan, que se ha apreciado un 20% en relación al dólar desde que se estableció el régimen de flotación, en 2005, aunque el 1 de diciembre se depreció un 0,73% en una sola jornada, por decisión del Gobierno chino, que intenta así paliar la caída de sus exportaciones. Obama ha dicho que tomará medidas contra la que considera manipulación de su divisa por parte de China.

Paulson también habrá pedido a China que no se desprenda de sus activos en dólares, sino que adquiera más aún, y que estimule su economía, tanto incrementando el gasto público como alentando el consumo privado, para ayudar así a EE.UU. y al mundo entero a capear la que se nos viene encima. China, tanto por sus ingentes reservas, resultado del gran superávit comercial, como por su bajo déficit fiscal y por haber saneado su banca (esperemos que la crisis no la vuelva a cargar de malos créditos), está en posición de tirar del carro, en estos momentos, más que nadie. El Banco Mundial sigue pensando que China crecerá en el 2009 en torno al 7,5%. Por cierto, Washington mantuvo una actitud muy cauta durante la crisis tibetana, la primavera pasada, y Bush dejó claro que iría a la inauguración de los Juegos en Pekín, considerando pueril el intento de boicotearla.

Es, pues, lógico, que Paulson haya ido a Pekín y no a Bruselas, ni tan siquiera a Berlín, que en Europa es quien, si quisiera, más podría estimular

su economía. Bien estuvo la reunión del G20 en Washington, pero sus participantes eran muy diversos. Inevitablemente, unos se consideran más iguales que otros y buscan el diálogo bilateral. La de EE. UU. y China es hoy la principal relación bilateral del mundo. Lo que decidan en su diálogo condicionará las reuniones del G20.

Si la Unión Europea estuviera representada por una sola voz en el G20 su peso sería mucho mayor. Al desencuentro entre Alemania, por un lado, y Francia y Gran Bretaña por otro (Berlín ha objetado a la presencia de Barroso en la reunión de las dos últimas en Londres), sobre el grado de estímulo estatal conveniente para luchar contra la crisis, cabe añadir la reciente denuncia de Jacques Attali, consejero de Sarkozy, de la City de Londres como principal centro offshore del mundo. Que la próxima reunión del G20 tenga lugar en Londres asegura, ha dicho, que sus resultados serán escasos. Así, un PIB similar al americano, ser la primera potencia comercial del mundo y el euro (al que ciertamente no todos pertenecen) no bastan para dar a la UE un peso como el que aún tiene Estados Unidos pese a ciertas declaraciones, muy prematuras, sobre su fin como gran potencia económica, papel al que ya, en lo económico al menos, Washington reconoce a China. ¿A quién habría tenido que llamar Paulson? ¿A Sarkozy? ¿A Barroso? ¿A Trichet? Paulson más bien hablaría, si acaso, con Merkel o con Brown.

En la cuestión de la agenda internacional decisiva en lo que llevamos de siglo, la guerra de Iraq, la división de Europa fue patética.

En la segunda gran cuestión, la crisis económica global, hay evidentes fisuras. Si la UE no es capaz de integrar su voluntad y hablar con una sola voz no podrá sentarse en la misma mesa que Estados Unidos y China,

por mucho que disponga de media docena de sillas en la del G20. Uno a uno, incluso los mayores países de la UE, son jugadores de segunda división. Es hora de sacar conclusiones del hecho que Paulson vaya a Pekín y no a Bruselas.

*Licenciado en derecho por la UB, ha sido embajador en Indonesia, Canadá, Rusia y República Popular China